

que volaban á lo ideal; y decidme si concebís el mundo de la Edad media sin su direccion y sin su tutela.

Al hombre individual, ya venido de las selvas del Norte ó ya forjado en los castillos feudales, adherido casi á la naturaleza como el feto al vientre, á causa de la barbarie de aquellos tiempos; supersticioso y fanático por la complexion de su inteligencia, duro y cruel por la complexion de su voluntad; ú opresor ú oprimido, siervo ó señor, mostróle claramente en la dulce persona de Cristo, en su mansedumbre, en su humildad, en su resignacion, en su amor al género humano, aquellos manantiales de virtudes resumidas todas en la mas cristiana, en la caridad, la cual debia ablandar hasta los corazones de piedra y encender hasta las frias tinieblas de aquella triste noche. Y si mostró al hombre el tipo de Cristo, mostróle á la mujer el santo tipo de la madre, que conserva la pureza y la inocencia de la virginidad; y la hizo el ideal de la misericordia interpuesto entre los pecados de la tierra y la justicia del cielo para desarmar la cólera divina. Al son del órgano, bajo las bóvedas de las catedrales, en las místicas fiestas eclesiásticas; cuando la luz descendía del ojival roseton reverberada por los cristales de colores y el aromático incienso se disipaba en los aires; oíanse exhaladas por las voces purísimas en coro aquellas letanías inacabables, cuyas cadencias daban á la naturaleza femenil todos los epítetos mas tiernos, sin mezcla ninguna de sensuales pasiones, todos los epítetos con que el niño en su inocencia, el mozo en sus amores, el guerrero en sus heridas, el trabajador en sus faenas, el navegante en sus zozobras, el poeta en sus inspiraciones han aclamado á la mujer, rosa mística, estrella vespertina, causa de toda alegría, consuelo de todo dolor, amante, esposa, madre, siempre la nota dulce y melodiosa en el torbellino de nuestras pasiones, el consuelo en la angustia de nuestras penas, la lágrima caida sobre nuestras frentes, que descomponiendo en suaves matices la luz de lo infinito, ciñe á nuestras sienas como una mística aureola. Y si el tipo de Cristo fundaba la moralidad individual con las enseñanzas de su vida y de su muerte, el tipo de María fundaba la moral doméstica, convirtiendo el hogar de la familia en el resplandeciente santuario de toda pureza. Y luego aquellos mandamientos de la ley de Dios, promulgados en las cumbres del Sinaí; aquellas palabras del sermón de la montaña dichas en los desiertos de Palestina; y

aquellos apotegmas evangélicos que prestaban alas místicas á los pensamientos de la filosofía y de la ciencia; toda aquella vida del espíritu pasó por medio de la organizacion eclesiástica, por virtud del poder espiritual, á los fueros, á las leyes, á las instituciones; destruyendo la autoridad tiránica del *pater familias* romano, levantando la maternidad á sus verdaderos derechos, convirtiendo al siervo del terruño en hijo y hasta en sacerdote de Cristo; con todo lo cual establecia y arraigaba la moral social.

Reconozcamos, pues, la obra del catolicismo; reconozcamos que habiendo tenido su doctrina monoteista, tres rivales en el mundo, la Sinagoga judía, la Aljama árabe, la Basílica griega, ninguna pudo competir con ella, ni como ella fundar la civilizacion mas culta y mas duradera de la tierra, gloria y honor de los dos grandes y luminosos continentes de la libertad y de la inteligencia que se llaman Europa y América. Nadie puede ganarnos en hacer justicia á ideas que han sido como la eterna levadura de nuestra vida y como el alma inmortal de nuestra alma. Pero digámoslo en puridad. Así como nadie ha encontrado los límites y las fronteras del espacio infinito, ni el telescopio, esa segunda vista del hombre, ni el pensamiento, esa reverberacion de Dios en el alma; nadie ha visto tampoco el término de las sucesivas evoluciones del mundo social en la historia. Cuando parece que mas se conforman las sociedades con ciertas instituciones; cuando parece que mas los entendimientos con ciertas creencias se conforman; cuando parece el cielo del alma humana mas sereno; centellea una revolucion, que ha venido sordamente preparándose por una serie de hechos, apenas perceptible, y sistemática y enlazada como una serie de ideas científicas. Vista esta enseñanza, no podemos menos de decir que el movimiento es eterno, que es eterna la revolucion, y que, si las trasformaciones cosmológicas no tienen número, tampoco lo tienen las trasformaciones humanas, las cuales se dilatarán y extenderán hasta donde se dilate y extienda nuestra misma naturaleza. Estos planetas apagados, cuerpos opacos que reciben del sol su lumbré, brillaron allá en otras edades geológicas, cual brilla ahora nuestro sol, con propios resplandores. Hoy mismo llevamos en las entrañas de esta tierra fria un océano incandescente, oculto por la corteza helada, que en comparacion del diámetro de la tierra ni siquiera representa lo que representan las películas en los frutos.

Imaginaos cuántas revoluciones habrá exigido no mas el paso de las rocas donde no se encuentran organismos ni vegetales ni animales, por lo cual las ha llamado la ciencia moderna faltas de vida ó azodias, á las rocas llenas de fósiles, petrificaciones innumerables de antiguas y vividoras especies. El fuego destructor puede considerarse como el arquitecto de este gran templo que se denomina la tierra; y el agua, que ahonda los valles, que abre las estrías, que dibuja las laderas, como el misterioso escultor. Mas ¡qué serie de movimientos, qué número de revoluciones, cuántas catástrofes para llegar á esta tierra habitable por el humano espíritu! A los ojos del geólogo aparece cada monte como un túmulo, cada planicie como un cementerio, cada planeta como una aglomeracion de sobrepuestos sepulcros; porque en la tierra entera reina con una grande tiranía la muerte, destructora y generadora tambien de la vida. Cuántas revoluciones para subir desde las criptógamas primitivas á los cedros del Líbano y á las rosas de Jericó; para subir desde los infusorios perdidos en las gotas de agua á los ruiseñores que llevan ya el arpa del arte en su garganta y el presentimiento del espíritu en sus nervios; para subir desde el molusco, todo estómago, al humano cerebro, todo espíritu. La materia, desde el átomo imperceptible hasta los huesos del cráneo; desde la estela en las ondas hasta la masa encefálica; ha necesitado pasar por innumerables revoluciones, que apenas puede medir el tiempo eterno y apenas comprender el infinito pensamiento.

Pues si esto ha sucedido en la materia, imaginaos lo que habrá sucedido en la sociedad. Los grandes hombres, á los cuales prestan culto los siglos, resultan grandes personificaciones, cada uno de ellos de su respectiva revolucion. No hay creencia religiosa, ni teología preponderante, ni sistema alguno, que no cuente con su respectiva revolucion en su seno. Tendrán los unos á Confucio y tendrán los otros á Buda; entrará en el rudimentario mazdeísmo antiguo Zoroastro y en la instintiva religion del patriarca nómada Moisés, cada cual con su doctrina mas adelantada y madura; verá el politeísmo helénico un Homero que representa, además de una revolucion literaria, una revolucion artística, y verá el politeísmo romano un Virgilio, con tendencias á innovaciones religiosas tambien; engendrará el judaísmo al Bautista y al Cristo; ¿por qué ha de extrañarnos, pues, que engendre el Cristianismo, tal

como lo organizarán y lo sistematizarán sus grandes pensadores, desde San Pablo hasta Gregorio VII, sus innovaciones tambien, representadas por Francisco de Asís, por Savonarola, por Lutero, por Calvino, por todos los grandes oráculos de la revolucion religiosa? Nadie puede contrastar el empuje de las sociedades humanas hácia adelante; nadie impedir el progresivo crecimiento de la humanidad; nadie detener las fases del espíritu; nadie ahogar las transformaciones sociales. Por consiguiente no se podia impedir que así como el politeísmo engendrara en sus catacumbas la idea católica, esta idea católica, en su movimiento progresivo, engendrara paulatinamente á su vez, una nueva evolucion de todo punto inevitable, dadas las leyes que rigen así á los mundos como á las almas. Las grandes instituciones se hallan condenadas á engendrar hijos á quienes aborrecen y maldicen. El Egipto engendró la Sinagoga y la maldijo; la Sinagoga engendró á la Iglesia y la maldijo; la Iglesia engendra la Reforma y la maldice tambien. Pero el historiador filósofo, que se eleva sobre todas las pasiones, debe estudiar estos hechos universales, que determinan cambios en la direccion social, que engendran nuevos pueblos, que inspiran nuevas artes, que fundan nuevas civilizaciones, como un resultado de fuerzas muy superiores al radio que puede tener y á la virtud que puede alcanzar la voluntad individual.

No es el historiador que los relata y que los estudia quien ha producido estos cambios, como no es el geólogo que las busca quien ha dejado las grandes petrificaciones en el planeta. No es culpa nuestra que mientras desde el siglo cuarto al siglo décimotercio todas las fuerzas sociales se conjuran para producir el Pontificado y organizarlo, desde el siglo décimotercio al siglo décimosexto todas las fuerzas sociales se conjuren para desorganizarlo y destruirlo. La ruina del Imperio romano le sirve, la irrupcion de los bárbaros le fortifica, el establecimiento de Constantinopla lo auxilia, la venida de las órdenes monásticas le prospera, la fundacion del régimen carlovingio le robustece, el poder temporal laico le acerca, el celibato monástico y eclesiástico le salva, las cruzadas lo amplian, y la historia de cuatrocientos años le da grandioso pedestal formado en gran parte con las antiguas ruinas. Y cuando ha llegado á esta grandeza y parece que va en ella á quedarse con Inocencio III, la duda apunta en las escuelas, el pensamiento libre surge en el seno

de la misma teología, las doctrinas heréticas tienen reyes que han peleado en las Navas de Tolosa, para luchar y morir por ellas; la ironía mas acerba entra en el seno de las artes mas piadosas; la pintura y la escultura se vuelven hácia los modelos paganos; las mismas Universidades pontificias se erigen como rivales de los monasterios; brota el cisma en Oriente y en Occidente; excomulgáanse entre sí tres ó cuatro Papas á un mismo tiempo nombrados, como aquellos Emperadores romanos de la decadencia; hablan las Asambleas revolucionarias que, llamándose Concilios ecuménicos, buscan una Iglesia nueva en la antigua Iglesia; los laicos piden la comunión bajo las dos especies como los sacerdotes; la conciencia humana se hincha de savia primaveral, y las tierras europeas se desgarran como unas entrañas que paren: hé ahí la revolución.

Esta revolución seguirá y obedecerá á las leyes sociales, teniendo una reacción promovida por San Ignacio de Loyola, sustentada por la orden de los jesuitas, que tenderá á destruir el criterio del pensamiento libre en las ciencias filosóficas, el criterio de la observación y de la experiencia en las ciencias naturales, la secularización del Estado en la política, la obra del Renacimiento en las artes, la reforma en la religión, fundando así un ultramontanismo de tal suerte exagerado y violento que muchas veces ha debido encontrar grandes oposiciones en el seno mismo de la Iglesia y en la persona misma del Pontífice. Cuando se estudia profundamente la revolución religiosa y se ve que ha tenido como todas las revoluciones su preparación, su estallido, su combate, su retroceso y luego sus soluciones, persuádese el ánimo mas embargado por la superstición de que es uno de esos grandes movimientos sociales, que á toda la vida atañen, y con los que deben contar filósofos, sabios, políticos, historiadores, artistas, cuantos cooperan á formar una sociedad, si no quieren levantar sus obras en el aire y quedarse fuera del espíritu de su siglo. Vamos, pues, á ver la revolución y la reacción religiosas en sus cuatro grandes personificaciones: Savonarola, Lutero, Calvino y San Ignacio.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

DECADENCIA DEL PONTIFICADO

En el siglo undécimo constituyó Gregorio VII la supremacía material del Pontificado, complemento necesario de la supremacía religiosa. En el siglo décimotercio llegó esta supremacía memorable á toda su latitud y subió á su zenit en Inocencio III. Desde el siglo décimotercio comenzó su decadencia por una serie de descomposiciones, análoga ciertamente á la serie de composiciones que lo elevaran y engrandecieran. Todas estas entidades sociales mueren como los organismos por una interior corrupción. La vida, que latía en ellas; el espíritu, que las animaba; la luz misma, que las esclarecía, se escapan tristemente de su seno, dejándolas como exánimes y yertas. Y á medida que se descomponen así, la sociedad, como la naturaleza, jamás cansada ni fatigada de producir nuevas creaciones, compone otras entidades sociales capaces de sustituir á las decaídas y descompuestas, que va en sus olas arrasando continuamente el tiempo. Dos fuerzas hemos visto en la escena de la historia desde el siglo quinto al siglo décimotercio; una que descompone la sociedad antigua y otra que compone la institución pontificia. Pues dos fuerzas veremos desde el siglo décimotercio al siglo décimosexto; una que compone la revolución religiosa y otra que descompone las grandes instituciones pontificias. ¡Extraña suerte la de todas estas grandes personalidades históricas, que viven tantos siglos y que educan á tantas generaciones! El Pontificado nació para contrastar al feudalismo; y en cumplimiento de este ministerio histórico, bautizó y ungió á las monarquías. Y cuando el feudalismo, su enemigo, se